



LA RUBITA COMPASIVA.

ANÉCDOTA.

No os voy á contar un cuento, sino como el título lo indica, una anécdota, es decir, un *sucedido*.

No encontrareis en él lances raros ni aventuras maravillosas, sino la sencilla relacion de un rasgo característico de cierta buena niña de siete años y medio, cuya corta vida se señaló por una bondad que el cielo la prodigó juntamente con la hermosura.

María del Patrocinio Isabel, era llamada por sus padres y por los amigos de la casa con el dictado de la *Rubita*, porque era blanca como una azucena y rubia como un campo de maduras espigas.

En la época á que se contrae mi relacion, se encontraban los padres de esta niña, en una posicion desahogada que les permitia darle de vez en cuando, y como premio de aplicacion y de buen corazon, las moneditas nuevas de plata que llegaban á sus manos y tambien alguna de oro. Pero es que ellos sabian muy bien que la Rubita, en lugar de abusar de estos dones malgastándolos en fruslerías, iba

juntando, juntando en cierta cajita de zándalo, especie de alcancía abierta, que guardaba cuidadosamente, y cuando tenia reunidos diez y ocho ó veinte duros, los invertia en hacer algun regalo á su papá ó á su mamá ó en algun objeto útil, cuya adquisicion siempre consultaba con ésta. Bien es verdad que aquella excelente criatura nunca la faltaban juguetes, porque como era tan simpática, tan dulce, tan amable y hermosa, las gentes se complacian en obsequiarla con presentes muy de su gusto.

Hallábase la niña con su familia en una isla de la India inglesa, en ocasion en que un criollo de la Java, de origen francés, fué detenido en la prision de los deudores, porque se vió imposibilitado de pagar veinte duros á un acreedor inhumano. Era aquél un jóven desgraciado, aunque de buenos sentimientos y no escaso ingenio, y viéndose en un gran conflicto, sin recursos y en país extraño, imaginó dirigirse por medio de cartas muy sentidas y bien escritas á las personas visi-

bles de la localidad en demanda del auxilio que necesitaba, siendo una de estas personas el papá de la Rubita española, que cuando recibió la carta se hallaba en compañía de su familia y de tres señores que estaban de visita. El escrito era en lengua francesa, que la niña sabía perfectamente, así como la inglesa y otras. El padre se conmovió á su lectura y también la madre; pero como los gastos eran muchos, no ménos las necesidades, y á todos no pueden atender buenamente los que no son excesivamente ricos, el citado padre dijo que él estaba dispuesto á dar al peticionario la mitad de la suma, aunque sin conocerlo ni de vista, esperando que los concurrentes contribuirían por su parte á aquella obra de misericordia; mas los concurrentes fueron sordos al llamamiento, no obstante su posición holgada: uno era francés, otro belga y otro criollo de la isla de Francia ó Marinero.

La niña, enternecida con la carta, llorosa por el infortunio de aquel hombre que anhelaba su libertad, fué á su cuarto, tomó la cajita que guardaba su tesoro, y entrecortada por la emoción y por la modestia, porque el verdadero mérito es siempre modesto, prorumpió en estas expresiones:— «Papá, aquí están los ahorros que tengo por esta vez; no son más que once

duros, pero como tú has dicho que darías á ese pobrecito diez, y por veinte sale de la prision, permíteme que yo ponga los otros diez, que en nada puedo emplear mejor mi dinero.»—Figuraos, queridos míos, la impresión que este rasgo generoso haría en los circunstantes, y sobre todo, en los padres de aquella angelical criatura, que no pudieron contener sus lágrimas de ternura y de gratitud hácia Dios por haberles concedido una hija tan caritativa. Aquel dinero era un dinero bendito; fué aceptado y libró de aflicción á un desdichado.

Referir ahora los extremos de su agradecimiento cuando quedó libre, la admiración que le causó el desprendimiento de aquel pequeño sér benévolo, es ocioso por mi objeto, que es solo el mostraros un modelo de compasión de una tierna niña, que no hizo, sin embargo, más que seguir las huellas de la hermanita que la había precedido en el camino de la vida, áspero para los que tienen un corazón insensible á las desgracias de su prójimo, suave para las almas compasivas, cuyo placer es enjugar lágrimas hallando en sí mismos la recompensa y esperando otras mayores en la eternidad.

La Rubita y su hermana mayor fueron dos ángeles en la tierra: hoy son dos ángeles en el Cielo.

M. CABALLERO DE RODAS.



EL GATO.

En la mayor parte de las casas hay un gato, el cual sirve muchas veces para divertir á los niños, por más que de cuando en cuando les haga una caricia con sus afiladas uñas y que sea la causa el mortificarle hasta un punto que le hace enfurecerse.

La principal cualidad del gato es limpiar las casas de ratas y ratones, siendo aseado, lustroso y tomando las posturas más graciosas, cuando está satisfecho.

Se ha dicho con frecuencia que el gato es traidor y que no es fiel como el perro para su amo. Sin embargo, hemos visto ejemplos en contrario de lo dicho.

Alguno de mis jóvenes lectores se habrá recreado viendo saltar, jugar, hacerse una rueda, encorvarse ó elevar el lomo, sobre todo á los gatitos pequeños, y les habrán arrojado una bola de papel, la que con ligereza increíble hacen rodar de una parte á otra.

Tratándolo con cariño, puede un gato hacer desmentir su fama de ingratitude y de egoismo.

La siguiente historieta hará conocer á los niños que el buen corazón y la generosidad influye poderosamente en los animales.

En una tarde de invierno, nebulosa y fría, regresaba de la escuela acompañado por su criada un niño llamado Andrés. Un abrigo de paño, una bufanda, una gorrita de terciopelo, guantes de lana y unas polainas que subían hasta la rodilla, acusaban los cuidados de una madre para evitar que su hijo sufriese los rigores del frío.

Andrés subía corriendo las escaleras, cuando oyó mallar débilmente á un gato; rápido como el relámpago llegó hasta el tercer piso, y allí debajo de una escalera encontró un gatito como de un mes, tiritando de frío, flaco y estenuado,

—¡Pobrecillo! exclamó. Verás, verás, como abrigado con mi gaban entras en calor.

Y bajando triunfante hasta el piso segundo, entró en su casa y le dijo á una niña de ocho años que salía á su encuentro:

—Mira, Magdalena, que gatito tan mono; tiembla de frío y debe tener hambre: vamos á darle de comer y á esconderlo en donde no puedan hacerlo daño.

—No le encuentro yo nada bonito, contestó la niña; pues si parece un erizo, y luego está tan súcio...

—Porque está mal cuidado, repuso Andrés. Te aseguro que nadie le conocerá dentro de ocho días.

—Pero ¿te quieres quedar con él?

—¡Pues ya lo creo! Cuando yo esté en el colegio, mamá lo cuidará, ó tú misma, Magdalena.

—Preciso será hacer lo que tú quieras.

Los dos niños arreglaron una cama para el gato, le dieron de comer, y se pusieron á jugar tan contentos y satisfechos.

Al día siguiente, antes de irse Andrés al colegio, fué á visitar al gato, encontrándolo hecho una rosca, pero que apenas sintió la mano del niño, empezó á hacer ese *rum rum* peculiar en ellos.

—Parece que me conoce, exclamó

Andrés. ¡Infeliz animalito! Si yo no le hubiera recogido ayer tarde se hubiera muerto.

La madre de Andrés y Magdalena era una señora complaciente, cariñosa, y que por todos los medios posibles procuraba alentar las buenas cualidades de sus hijos.

Ella misma se ocupaba en cuidar al Minino, y al cabo de ocho días se le veía ya correr por la casa, gordo, lustroso y contento, con no poco júbilo de Andrés.

—No me agradan los gatos, decía su mamá; pero estoy tan contenta al ver una muestra de tu buen corazón, que tu protegido permanecerá en casa.

El cariño de Andrés y Magdalena por Morronguito había llegado al más alto grado; horas enteras pasaba la niña con el gatito en sus brazos, y no parecía sino que la gratitud y el haberle salvado la vida influía en el carácter, modificando los instintos naturales de su raza.

La enfermedad de una persona de la familia, hizo que los padres de Andrés se trasladasen á un pueblo cercano á Sevilla, en cuya población habitaban.

El niño manifestaba un sentimiento tan profundo, que se decidieron á que llevara consigo al gato, siendo éste tan obediente, que durante el camino permaneció imperturbable en las rodillas de Andrés.

Cuando llegaron á Brenes, el niño y Morronguito eran los más felices del mundo, el primero saltaba por el campo y el segundo á su vez trepaba por los árboles.

Desgraciadamente un día se presentó orgulloso delante de su dueño con un gorrion en la boca. Andrés se lo quitó y dió á correr tras él para pegarle,

pero el felino se escapó yendo á esconderse en un bosque.

Andrés volvió llorando á su casa y le refirió á su mamá lo sucedido.

—No acuses á tu gato, le dijo, pues es costumbre en ellos, según cogen los ratones coger los pájaros. ¿No matamos nosotros los pichones, las perdices, los corderos y otros inofensivos animales, sin que por eso se nos tache de crueles? Cuida al gorrion, que no tiene más que un ala partida, y no tengas cuidado por Morrongo, que él volverá.

Efectivamente, al anochecer regresó el fugitivo á la casa de Andrés, con la cabeza baja como quien teme que se le castigue.

El gorrion curó de su herida y Magdalena lo tomó bajo su protección de tal modo, que los juegos de ambos niños se compartían con el pájaro y con el gato, viviendo estos en la mejor inteligencia del mundo.

Un día, ya de regreso en Sevilla, bajó Andrés al patio, seguido por el gato y con el gorrion en la mano, pero al entrar en la leñera resbaló y cayó, quedando sin sentido; largo rato había pasado cuando la mamá de Andrés vió revolotear en torno de ella al gorrion, que con sus píos parecía querer llamar su atención. Admirada de aquellas inteligentes demostraciones de la graciosa avecilla, llamó á Magdalena, preguntándole por su hermano; la niña nada sabía, pero procuró encontrarlo; en vano recorrió todas las habitaciones, bajó al patio, al jardín, cuando al pasar cerca de la leñera vió á Morronguito lanzando maullidos lastimeros.

La niña dirigió la vista hacia aquel sitio y vió tendido á Andrés á corta distancia; la familia se sobresaltó y llamaron al médico, quien al recono-

cer al niño dijo tenía una pierna dislocada.

Con el mayor cuidado fué trasladado á su cama, y cuando volvió en sí lo primero que hizo fué preguntar por el compañero de sus juegos, pero en aquel momento sintió que el fiel animalito estaba acostado á su lado y le prodigaba las mayores caricias.

Los padres de Andrés, no pudieron menos de reconocer que le debían tal vez la pronta curacion del niño, pues sin él no le hubieran encontrado tan pronto, y la inflamacion de la pierna hubiera tomado mayor incremento.

El padrino de Andrés, célebre pintor, hizo el retrato de Morronguito y

del pajarillo, colocándolo entre los más apreciados de la familia, y cuando Magdalena y Andrés llegaron á tener algunos años más, no por eso descuidaron á sus dos amigos de la infancia.

Los gatos son capaces de abrigar cariño y gratitud hácia los que no les hacen daño, y si bien sus naturales instintos son semi-selvajes, domesticados pueden ser de alguna utilidad, cuidando sobre todo de no ostigarles ni despertar las inclinaciones que les asemejan algunas veces al tigre, con el que tienen más de un punto de contacto.

MARÍA FELICIA.

UN JUEGO MUY FEO.



Jugar al toro es impropio de niños decentes y bien educados; además, en ese juego es muy fácil darse un golpe ó hacer daño á un hermano ó á un amigo.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

XIV.

DOMINACION VISIGODA.

Crecida era la familia de Teodoro, rey de los visigodos. Sus hijos Turismundo, Teodorico, Eurico, Friderico, Recímero é Himerico, sostenian con su valor y gallardía el esplendor del trono. Dos hijas, casada la una con Reguiario, como hemos visto, y la otra esposa de Humerico, hijo de Genserico, rey de los vándalos de Africa, extendian su parentela en dos naciones diferentes. El tratamiento horrible que sufrió esta última del bárbaro Humerico, quien por una ligera sospecha de envenenamiento la cortó la nariz y las orejas, y la envió así á su padre, contribuyó á la entrada de Atila en las Galias. Llamóle el cruel Humerico, temiendo el resentimiento y venganza de Teodoro, y al ver éste sobre sí aquellas formidables masas de feroces y sanguinarias gentes, confederóse con Aecio, general romano, y tambien con Meroveo, primer rey de los francos y tronco de la línea merovingia, que reinó despues en aquel país por dilatados años. Los tres caudillos reunieron sus tropas apresuradamente, y llegaron á Orleans casi al propio tiempo en que Atila, habiendo atravesado la Germania, pasado el Rhin, y entrando por la Lorena, acampaba sus innumerables huestes en las riberas del Loira, delante de aquella misma ciudad. Sabedor el rey de los hunos de la proximidad de los godos y romanos, retiróse á los campos Cataláunicos, llamados tambien Mauricianos, segun Jornandes, cuya extension era de cien leguas, y de sesenta y dos su latitud.

En un extremo de tan inmensa llanura se elevaba una pequeña colina, y por los otros lados ningun objeto servia de estorbo á la muchedumbre de soldados que completamente la inundaron. Allí debian batallar dos mundos, el mundo futuro y el mundo pasado, colocados bajo las banderas de Atila y de Aecio, y al contemplar reunida la mitad del género humano para destrozarse mutuamente, no debe extrañarse la zozobra que por el resultado del combate inquietaba los pechos de tan crecido número de guerreros. Confederados con los romanos marchaban los visigodos, los galos, los letos, los armoricanos, los borgoñones, los sajones, los bretones, los alanos, los sármatas y los ripuarios. Seguian á los hunos otros francos tambien y otros borgoñones, los rufianos, los hérulos, los ostrogodos, jépidos y turingios. Confusa mezcla de paganos, cristianos é idólatras de muy diversas creencias. *Fit ergo area innumerabilium populorum pars illa terrarum*, dice Jornandes. Efectivamente, no parece sino que Dios habia querido pasar revista á una gran parte de la familia humana para designar nuevos reinos, acabar con el mundo antiguo, anonadar al jefe de la barbarie, Atila, y conservar el gérmen de la civilizacion entre los godos, para que los imperios que estos fundaran fuesen poco á poco regenerando el mundo.

Colocados frente á frente los dos ejércitos, no esperaban más que la señal de sus jefes para venir á las manos, barajarse y destruirse mutuamente. Atila estaba en medio de sus tropas, pero en primera fila, para lanzarse

el primero contra el enemigo. Las haces de su izquierda las comandaba Ardarico, rey de los jépidos, y las de su derecha Valamiro, caudillo de los ostrogodos: detras, á retaguardia, quedaban tambien tropas escogidas, y las tiendas y bagajes con los carros falcados. Teodoro y Aecio, aquél con los godos y españoles, y éste con los romanos, ocupaban los extremos de la vanguardia, cercando en medio á Sangubano, rey de los alanos.

Tan crecidas huestes aguardaban sólo las órdenes de sus caudillos para lanzarse á la pelea: pasaba ya la mitad del dia cuando aún no habian entrado en accion. Quizá Atila no deseaba comenzar el combate, porque halló más enemigos de los que esperaba, y con más bizarra presencia de la que se prometia. El marcial y altivo continente de los godos de Teodoro, no dejaba de intimidar la ferocidad y sangre fria de los hunos y de los jépidos. Vestidos casi todos los soldados de Atila con toscas pieles, despojos de terribles animales, segun Ammiano Marcelino, con las testas de los leones, tigres y otras fieras, en la cabeza, en vez de los bruñidos capacetes que ostentaban los romanos, presentaban un espectáculo muy digno de verse, á la par que terrible. A la hora novena, como decian los antiguos, esto es, á las tres de la tarde, trabóse la pelea más sangrienta que conocieron los hombres. Moviéronse unos contra otros: el ruido de las bocinas, los gritos de los combatientes, el choque y estruendo de las armas, levantaban un pavoroso rumor, que parecia, segun dice un escritor, batallaban entre sí los montes. Pronto quedaron barajadas y confundidas tan crecidas huestes. Ya no servian los dardos y saetas, de que

se enviaron una mortífera lluvia ántes de llegar á las manos. Todo era herir, matar, cortar cabezas, miembros; destrozarse con los caballos hombres tendidos, moribundos; peleábase sobre un suelo de cuerpos humanos que, no habiendo muchos exhalado el último suspiro, luchaban entre sí con las ansias de la muerte, y con el que la suerte le deparaba allado, moribundo tambien, aunque fuese amigo, tal vez hermano. Sangre y agonía, furor y desesperacion era lo que se veia por todas partes. A cada instante se aumentaba el número de los muertos. Caian á cientos los guerreros sobre aquella alfombra de mortandad, y los que sobrevivian peleaban hollando hombres y caballos miserablemente mutilados, degollados con rabiosa furia. La tierra mudó de color con los raudales de sangre que salian de entre los montones de muertos y heridos; aquellos dilatados campos quedaron ocultos bajo una inmensa capa de cadáveres. Cubrian ya las llanuras ciento sesenta y dos mil muertos, y más que batalla era cruelísima carnicería, cuando sobrevino la noche, y cesó la pelea. Bastaron pocas horas para consumarse tan horroroso exterminio.

Teodoro, rey de los godos, fué de los primeros que espiraron. Engolfado en lo más récio del combate en busca de Atila, cayó del caballo, siendo atropellado y muerto por sus mismos soldados: aseguran otros que perdió la vida traspasado por la flecha del ostrogodo Andrajes. Su cuerpo se halló bajo un monton de cadáveres.—Turismundo, hijo de Teodoro, entró peleando en medio de las tinieblas de la noche en el campamento de Atila, creyendo era el suyo, y aunque fué herido en la cabeza, pudo retirarse á tiempo y salvar-

se.—Atila, despechado y rabioso, pasó la noche guarecido con los carros y bagajes del ejército, haciendo resonar las armas y tocar las trompetas, amenazando un choque, á la manera del león que, acosado por los cazadores, da vueltas rugiendo á la entrada de su caverna.—Amaneció y pudo verse el destrozo inmenso causado por las armas. Los hunos sufrieron la mayor pérdida, por lo que conoció Atila que habia sido derrotado.—Atila habia creído era llegada su última hora, y ántes de ser esclavo de los romanos, prefería morir cien veces entre las llamas. Mandó formar una hoguera con las sillas de sus caballos en medio de sus reales, para acogerse y perecer en ella, cuando los enemigos le acometieran; pero éstos desampararon el campo y le per-

mitieron libre paso á Italia.—Había creído Ecio, general romano, que si se completaba la victoria exterminando la hueste de Atila, tomarían los godos demasiado ascendiente en el imperio, y así aconsejó la retirada á Turismundo, hijo mayor de Teodoro, proclamado rey de los godos en medio del entusiasmo de la pelea. Avínose Turismundo á ceder la presa, y se encaminó con su hermano Teodorico á Tolosa, para tomar posesion del trono que heroicamente habia perdido su padre en una batalla.—Treinta y dos años escasos reinó Teodoro; largo espacio de tiempo si se considera el carácter belicoso, inquieto y destemplado de aquella época.

FLORENCIO JANER.



Este es un niño muy holgazán á quien no hay poder humano que le haga estudiar ni hacer cosa de provecho. Lo único que sabe hacer es ayudar á su hermana á devanar las madejas de hilo. Lo saco aquí á la vergüenza á ver si se pica y se corrige de su holgazanería.

EL NIÑO CABECILLA.



Hasta en la triste guerra civil hallan motivo de juego estos inocentes niños. Hace pocos días se presentó en el pueblo un jefe superior con su partida y se hizo servir de almorzar y luego pidió al padre de los niños las armas y caballos que tuviera. En verdad ha de decirse que el hombre estuvo muy amable con los niños y los besó al despedirse de ellos, mostrando que tenía dulces sentimientos.

A los niños no se les ha olvidado la entrada del hombre de guerra en el pueblo, y ahí los tenéis parodiando la escena. Periquito, vestido de general, ha secuestrado el brioso caballo que veis atado junto á él, y se hace servir por su hermanita, á quien llama con gran desenfado *patrona* y le refiere las batallas que ha reñido en su larga carrera.

Hijos míos, la guerra civil arde en muchos pueblos de España; pedid á Dios que ponga término pronto á esta gran calamidad que deja huérfanos á tantos niños y produce tanta perturbación en las familias, y en el país en general.

LAS METAMÓRFOSIS DE UN REY.

(CONTINUACION.)

II.

No habia apenas pronunciado estas palabras cuando Claudino sintió aligerarse el peso de su cuerpo; un impulso maquinal le hizo elevarse cerca del techo, sus brazos se convirtieron en alas y se halló repentinamente transformado en ruiseñor. ¡Con cuánta satisfaccion giró de un lado á otro del dormitorio agitandolos alas! Sintió que le faltaba espacio en donde esplayarse y guiado por la impresion del aire fresco que penetraba por una ventana, llegó á ella y se precipitó al aire. De un poderoso vuelo salvó una larga distancia cruzando la fresca atmósfera, y por último, agitando suavemente las alas se detuvo un instante suspendido entre el cielo y la tierra.

Era todavía de noche, el silencio no era interrumpido sino por el misterioso roce de las hojas de los árboles que la brisa movia dulcemente: fulguraban las estrellas en medio de la inmensidad de los cielos sobre un fondo densamente oscuro: la melancólica luna reclinaba su disco tibiamente sonrosado sobre el occidente, tocando ya la impalpable línea que separa á la tierra del cielo: á lo léjos sonó el canto triste y prolongado del chorlito que los ecos de la montaña vecina repitieron.

El príncipe ruiseñor se internó en lo más espeso de su jardín y vino á posar su ligero cuerpo sobre la delgada rama de un fresno, que se balanceó muellemente. Sintió entonces el pájaro cantor un irresistible deseo de dar libre expansion á su entusiasmo, y de su so-

nora garganta lanzó al espacio un torrente de dulce melodía que hizo despertar, sin duda gratamente sorprendidas, á las ninfas del bosque. Un momento pareció que se detenia la luna para prestar oido á los melodiosos gorgoros que turbaban el silencio de la noche: despues traspuso el horizonte, escondiéndose poco á poco tras de una oscura colina, y solo dejó en pos de sí un tibio resplandor, que coronó por algunos instantes la colina y se apagó despues por completo.

Mientras tanto, las horas se deslizaban sin sentir para el gozoso ruiseñor que entregaba á la brisa sus dulcísimos gorgoros. Un ténue resplandor, primero blanquecino y rojizo despues, principió á dibujarse como una banda por la parte del oriente; era el primer anuncio del dia y á su aparicion las estrellas comenzaron á palidecer: el príncipe de los bosques embebido en sus cánticos no lo advertía. De repente una piedra lanzada por un brazo robusto rompió por entre las espesas hojas del árbol, y con violento estrépito vino á estrellarse contra una rama á unas cuatro pulgadas del inspirado cantor: al mismo tiempo una voz áspera de hombre dijo desde abajo:

—¡Maldito pájaro!... Es capaz de aturdir á un sordo.

Era el hortelano de Claudino que habia madrugado á segar sus hortalizas, y que cansado de los gorgoros del ruiseñor, le habia disparado una piedra, con tal acierto, que si la resistencia de las hojas no hubiera desviado algo la direccion, no habria quedado el príncipe

cantor para volver á abrir el pico. Pasada la primer sorpresa y el susto natural, el instinto de conservacion le hizo levantar el vuelo y huyó apresurado rozando al pasar con las ramas de los árboles.

Claudino, que conservaba su inteligencia, pensaba para sí mientras huía con la rapidez que sus alas le permitían:

—No tiene este bárbaro mal modo de agradecer la dulce música con que estaba regalando sus oídos. Mi vida ha estado pendiente de un cabello.

No se detuvo, sin embargo, hasta que se vió muy léjos de la huerta; un soto de espinos que rodeaba á una viña le pareció excelente sitio para reposar, y en una de las ramas más altas se detuvo. Doblóse al peso la rama, que era muy delgada, y le hizo oscilar entre las agudas puntas de los espinos; las plumas que le cubrían no pudieron preservarle de algunos pinchazos que le lastimaron, y no encontrando bastante hospitalario el espino, el ruiseñor levantó el vuelo y fué á posarse en uno de los sarmientos de la viña.

En el tronco de la cepa tenía su cama un lagarto, á quien el ruido de las hojas despertó: entre las pámpanas verdes no era fácil distinguírle por su color verdoso también, y sin que el ruiseñor lo advirtiera deslizóse silencioso el reptil, trepó al tronco de la cepa y hasta que pasó su chata cabeza por entre las pámpanas haciendo algun ruido, Claudino no se apercibió de aquella peligrosa vecindad. Vió entonces aquellos ojos sin expresion fijos en él, y la desmesurada boca flanqueada de dos hileras de menudos dientes abierta como una síma para devorarle; la inminencia del peligro hizo á Claudino dar un salto y se elevó en los

aires: en vano dió otro salto el lagarto; como no tenía alas, volvió á caer entre los sarmientos, mientras que el ruiseñor se alejaba volando.

De esta suerte llegó á un espeso monte, en el cual se consideró tranquilo en vista de que allí no había hortelanos, espinos ni lagartos. Sólo encontró variedad de pajarillos que cantaban alegremente: elevábanse las alondras hasta perderse de vista, formando con sus gorgoros una extraña algarabía: el cuclillo, subido sobre una piedra, lanzaba á intervalos iguales su monótono canto, que acompañaba con desgarradas cortesías; chillaba la urraca; el mochuelo lanzaba lastimosos gemidos; arrullaban tristemente las tórtolas; silvaba de vez en cuando el tordo; los gilgueros trinaban dulcemente, y el desapacible graznido del cuervo turbaba de cuando en cuando estas armonías.

Orgulloso el ruiseñor con su imponderable superioridad sobre todos estos músicos, se figuró que todos callarían admirados cuando le oyeran principiar sus armoniosos gorgoros, y que todos le rodearían para tomar lecciones de sus melodiosos cánticos. Comenzó, pues, sus más dulces tonadas seguro de su éxito; pero grande fué su admiración cuando echó de ver que nadie reparaba en él y que cada cual seguía sus habituales cantares sin dignarse fijar la atención en el inspirado músico de los bosques. Una urraca solamente fué la que mostró alguna curiosidad y se acercó á escucharle levantando de vez en cuando su larga cola y aprovechando los momentos en que él callaba para lanzar desapacibles chillidos.

(Se continuará.)

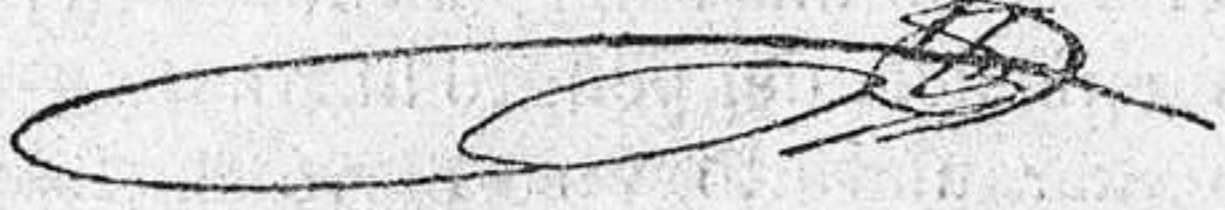
AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

La ciencia humana, una vez en posesión de la verdad revelada, robustecida y unificada por la fe divina, penetra sin dificultad en las profundidades de la ciencia y explora sus regiones con mayor libertad y seguridad.

El orgullo racionalista y la imperfección de la ciencia humana son el verdadero origen del pretendido antagonismo entre la ciencia y la fe; entre la filosofía y el cristianismo.

Si la inteligencia del hombre llega al gran día a la posesión de la ciencia perfecta, a la concepción sintética de las leyes todas que rigen el mundo de la humanidad y el mundo de la naturaleza, reconocerá entonces que la ciencia es como un comentario perpetuo del dogma cristiano, y que la filosofía es la justificación racional de la Providencia.

Jr. Regorio Gonzalez



El respetable é ilustre filósofo Fray Ceferino Gonzalez nació en Villoria, provincia de Oviedo, á 28 de Enero de 1831, y hechos sus primeros estudios en el colegio de las Misiones de Ocaña, pasó á Filipinas en 1848, donde publicó en 1863 sus famosos *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, que arrancaron á S. S. Pio IX esta honrosa declaración:—«De estas obras quisiera yo que se imprimiesen muchas.» Se

ha traducido al italiano y al francés.

En Madrid, en 1868, ha dado á luz en tres tomos su *Philosophia elementaria*, que sirve de texto en muchas Universidades de Alemania é Italia, y en casi todos los seminarios del mundo católico. En la actualidad la reimprime en español. Recientemente ha publicado con el título de *El positivismo materialista* un importante folleto que honra á la filosofía española.

LOS ORÁCULOS.

Antiguamente, con frecuencia veíamos citados en los libros los Oráculos, cuyo significado es leer ó adivinar el porvenir.

En tiempo de los Romanos bastábase que el trueno se oyese hácia la derecha ó á la izquierda, para que los magistrados se separasen sin decretar nada; y cuéntase que Etruria, la ninfa Bigosi habia escrito un libro para adivinar lo que podian presagiar los relámpagos ó truenos, guardándose aquellas páginas con cuidadoso esmero en el templo de Apolo.

Desencadenábase la tempestad, y entonces el adivino, ó sea el oráculo, miraba al cielo fijándose con particular atención en si resonaban los truenos por el lado izquierdo en cuyo caso, el presagio era favorable; pero si era por el derecho, entonces anunciaban desgracias.

Los pájaros tambien tenían su significado favorable ó adverso; Hércules miraba al buitre como un feliz augurio porque no corrompe fruto alguno de la tierra y se mantiene de carne muerta.

Estando prisionero en Roma Agripa, rey de Judea, se encontraba en uno de los jardines sentado al pié de un árbol

cuando un bicho vino á posarse sobre las ramas: los adivinos pronosticaron al rey que al punto se veria libre.

Romulo y Remo, consultaron á los oráculos para saber quién de los dos daria su nombre á la ciudad que acababan de formar: Remo vio seis buitres y se decidió á darla su nombre, pero al poco rato Romulo, á su vez vió doce, y desde aquel dia la ciudad se llamó Roma, sin lo cual se hubiera llamado Remuna.

Estando Hieron en una batalla, se posó un ágila sobre su escudo, y el adivino le predijo honores y victorias; efectivamente, Hieron fué despues rey de Sicilia.

Victelio, emperador romano, fué rodeado por una bandada de pájaros cuya actitud era por demás hostil. El oráculo le pronosticó su muerte y sus desgracias.

Julio César, fué asesinado en el senado Romano, y la víspera tuvo varios presagios siniestros, los que se vieron realizados.

La costumbre de los oráculos ha decaido por completo, pues siendo verdaderamente una superstición, hoy solo las buenas acciones y una conciencia pura sirven de guia para el porvenir.

LA PEREZA.

Es la pereza uno de los vicios que más particularmente deben de combatir las madres cuidadosas, pues para el porvenir de los niños influye en alto grado.

La correccion de los defectos requiere más paciencia que dureza en los castigos, y jamás un niño debe dar lugar á que á ellos se recurra.

La señora de Guzman habitaba en Valencia, y tenia una niña bonita como un querubin y en extremo graciosa y traviesa.

Cecilia era bastante dispuesta á aprender con facilidad cuanto la enseñaban, pero estaba dominada por el pícaro vicio de la pereza, sin que sirvieran para corregirla las continuas amonestaciones de su mamá.

Quejándose un dia de su falta de habilidad para educar á su hija, le dijo una hermana suya:

—Envíame á Cecilia unos cuantos dias, y cuando vuelva será un modelo de laboriosidad.

Con trasportes de alegría acogió la niña la idea de acompañar á su tia, pensando que durante aquellas vacaciones se entregaria más que nunca á su pereza.

—La criada, le dijo á Cecilia su tia, es muy dormilona y tú cuidarás de despertarla y de despertarme á mí.

La niña, contenta y satisfecha, se despertó ya muy entrado el dia, y cuando el sol iluminaba su cuarto, corrió al de su tia y la encontró dormida ó que fingia dormir,

—¿Qué hora es, niña mia? la preguntó al despertar.

Cecilia miró el reloj, y exclamó:

—¡Las diez!

—Es temprano: ¿sabes si está hecho el desayuno?

—No, señora.

—¡Cómo! ¿pues no has llamado á la criada? ¡Ah! Ahora me acuerdo que le dí licencia ayer para que fuera á pasar el dia en casa de sus padres, pero supongo que tú podrás hacer hoy todo cuanto se ofrezca: una niña de doce años ya es una mujer.

—Pero, tia mia, ¿y quién me peinará?

—Tú misma; y despues me peinarás á mí, porque yo no sé. Mira, Cecilia, arregla el desayuno mientras yo duermo otro ratito.

Desesperada la niña, se ingenió lo mejor que pudo para preparar el desayuno, vestirse, peinarse y ayudar á su tia Antonia en todos los quehaceres de la casa.

El dia siguiente, Cecilia se levantó muy temprano, confiada en que Juana, la criada, haria todo cuanto fuera necesario.

Pero ¡oh, desgracia! era tan torpe, que empezó tres veces el peinado, y cansada la niña, tuvo que resignarse y concluir su tocado.

Lo mismo sucedió con todo lo demás, pues su buena tia la colmaba de caricias; pero era tan perezosa y tan poco hábil para todo, que Cecilia concluyó por levantarse á la madrugada y acostarse rendida de cansancio.

Algunas veces se impacientaba, y apesar de la dulzura de su carácter, reñía con la pobre Juana y la apellidaba descuidada y perezosa.

—¿Conque tan mal te parece una persona perezosa? le preguntó un dia doña Antonia.

—Verdaderamente no me parece bien, pues á cada momento encuentro las cosas sin hacer, contestó la niña.

—Pues, hija mia, á tu edad no puede haber pereza, y para no impacientarse, lo mejor es hacer por sí mismo las cosas.

Cecilia calló y se conformó; y como su tia empleaba tanto tiempo para todo, la niña se acostumbó á vestirla, peinarla, cuidarla y desempeñar, en fin, todo lo que hasta entonces habia hecho su buena madre para con ella.

Dos meses despues volvió Cecilia á su casa, y de tal modo habia cambiado, que apenas permitia hicieran nada para ella.

Sorprendida su mamá, manifestó cuanto la agradaba aquel cambio, y entonces doña Antonia le explicó de qué modo habia logrado corregirla.

—Los defectos vistos en otros, dijo, nos parecen enormes, y por esto, viviendo Cecilia con personas que al parecer eran perezosas, comprendió lo que jamás hubiera comprendido á tu lado.

La pereza conduce al desaseo y á veces es la causa de la ruina de las familias; por eso, querido lector, debéis escuchar los consejos de tu madre y desechar un vicio tan perjudicial.

PLINIO.

Plinio, el antiguo, dormia muy poco y consagraba todos sus instantes al estudio y á la lectura.

Cuando comia, oia leer siempre á uno de sus discípulos, y cuando paseaba llevaba siempre su libro abierto y hacia anotaciones en los pasajes del texto que más le interesaban.

No hay ejemplo tan singular de asiduidad en la lectura y el trabajo.

Un dia, el discípulo que leia mientras comia Plinio, pronunció incorrecamente algunas frases, y uno de los amigos de Plinio le advirtió el error y le hizo volver á leer lo mismo.

Plinio dijo á su amigo:

—Si habíais comprendido perfectamente el sentido, ¿para qué habeis hecho al lector volver á empezar? Vuestra interrupcion nos ha hecho perder por lo menos quince ó veinte líneas.

«Consagro todo el dia á los negocios, escribia á Tito, y me reservo la noche á fin de emplearla en la lectura y en la composicion. El sueño nos

quita la mitad de la vida; así, pues, es una gran ventaja quitar al sueño todo el tiempo que se puede y de este modo se logra vivir más que los demás.»

Sin embargo de esta opinion de Plinio, debe reconocerse que el exceso es siempre un defecto. No se puede motejar el excesivo amor al estudio que tuvo Plinio, porque la humanidad se ha enriquecido con el fruto del incesante trabajo de aquel grande hombre; pero hay pocos Plinios en este mundo, y debemos recomendar á los niños que no imiten al sabio más que en las horas destinadas al estudio, que harto harán aprovechando bien esas horas y estudiando con firme voluntad y decidida aficion.

El recreo es tambien muy necesario para la infancia, y los niños que estudian con aprovechamiento, bien ganadas tienen algunas horas de esparcimiento, de lectura amena y de juego decoroso.



LA PRIMERA EDAD.

Con este título y como complemento de Los Niños vamos á publicar todos los meses un cuaderno lindísimo de 32 páginas que contendrá cuentos, labores lecciones de bordado y costura, figurines en negro, otros lindísimos aparte del texto iluminados en París, acuarelas, juguetes, caprichos, muñecas y muñecos, trajes para estos y todo lo mejor, más entretenido y divertido que se publica en Francia en este género.

La Primera edad será un precioso y útil recreo para las niñas y los niños pequeños y estamos seguros de que nuestros suscritores á Los Niños nos favorecerán tambien suscribiéndose á esta nueva publicacion en miniatura.

En prueba de nuestro agradecimiento, vamos á hacer una gran rebaja á los que sean suscritores á Los Niños y á *La Primera edad* puesto que solo les cobraremos 14 rs. por la suscripcion de un año á *La Primera edad* y 8 por la de seis meses, precio que es inferior al que nos costará cada ejemplar.

Para los no suscritores á Los Niños el precio de *La Primera edad* es 22 reales por año y 12 por semestre.

El primer número se publicará el dia 20 de Febrero.

Suplicamos á nuestros suscritores que deseen recibir *La Primera edad*, que hagan la suscripcion en este mes para poder arreglar la tirada y los pedidos á Paris de figurines, modelos de trajes, etc., etc.

NOTA.—Está en prensa el *Teatro Infantil* que vamos á regalar á los suscritores por año á Los Niños.